

1. LA CAÍDA

EL TEMPLO DE APOLO EN DELFOS, ENCLAVADO SOBRE UNA MONTAÑA escarpada en una remota región de Grecia, tenía una inscripción que resumía la sabiduría del mundo antiguo: *gnóthi seauton* ("conócete a ti mismo"). Estas palabras contienen la opinión profundamente sentida que, como más tarde lo expresara Alexander Pope, "el estudio debido de la humanidad es el hombre". Es decir, nuestra sabiduría consiste en cuán preciso y profundo sea nuestro conocimiento.

En un cierto nivel, el cristianismo no tiene nada que argumentar contra este análisis, si se tiene en mente que el conocimiento de uno mismo siempre conlleva un conocimiento recíproco y personal con el Dios que nos hizo. Y ese conocimiento de Dios siempre involucrará el reconocimiento de nuestra necesidad personal y de la salvación que sólo él trae. Lo que el cristianismo niega es que sea posible conocernos a nosotros mismos sin tomar en consideración a Dios; en otras palabras, sin tener en cuenta la revelación que Dios ha hecho de sí mismo a nuestras mentes y conciencias. Es cierto que podemos conocer mucho sobre el hombre, entendiendo como tal tanto al varón como a la mujer. Podemos estudiar nuestra composición química y emocional. Podemos observar cómo funcionamos. Pero no podemos conocer cómo es el hombre en sí mismo. No podemos determinar qué es lo que hemos de ser o por qué repetidas veces quedamos cortos de lograr ese ideal, prescindiendo de su revelación. Por eso es que, como bien lo ha expresado Reinhold Niebuhr, al comienzo de *The Nature and Destiny of Man*, "el problema más acuciante del hombre siempre ha sido el hombre".¹

En este capítulo lo que nos deberá concernir fundamentalmente será la perspectiva bíblica sobre la raza humana. Esta será más comprensible si se la contrapone a las dos concepciones más importantes que predominan en nuestra cultura.

Concepciones sobre la humanidad

La primera de estas concepciones sobre el hombre es el punto de vista de los clásicos, o sea, el enfoque predominante en el mundo grecorromano. Estas concepciones del hombre, si bien con algunas variantes entre los distintos pensadores, tenían sin embargo una idea subyacente: como la característica más elevada del ser humano consiste en el *nous* o su facultad de razonamiento, la persona deberá ser entendida en primer lugar a partir de esa particularidad. El ser humano piensa o razona; y eso, de acuerdo con Platón, Aristóteles y otros pensadores griegos, es lo que lo diferencia del resto del mundo visible. En Aristóteles el *nous* es algo que nos llega principalmente desde fuera. En Platón, el *nous* es la característica más elevada del alma. Pero en ambos pensadores la razón es el elemento crucial, donde radica la singularidad de las mujeres y los hombres.

Las consecuencias de haber otorgado tal valor singular a la razón son bien conocidas. Primero, ese énfasis tiende a deificar la razón, convirtiéndola en el elemento divino en el ser humano. La justificación para dicha deificación descansa en la característica esencial de la razón: su habilidad para elevarse por encima de lo que observa, para evaluar, criticar, formar, crear. Cada una de estas características puede visualizarse como teniendo un carácter "semejante a Dios". Una segunda consecuencia de la supremacía clásica de la razón es el dualismo resultante, donde el cuerpo se convierte en algo malo. Si la mente es buena, la materia es mala; surgiendo así el eterno conflicto entre el espíritu y la mente por un lado, y la carne y la materia por el otro; dando forma a las expresiones más claras del arte, el teatro y la filosofía griega.

Otra vertiente del pensamiento griego, manifiesta más claramente en las religiones de misterio, concebía la naturaleza humana en términos mecanicistas materialistas -pero no era ésta la visión predominante de la antigüedad.

Hay otros dos hechos que se pueden apreciar en la concepción clásica, como lo señala Niebuhr en su análisis. Primero, que existe un optimismo básico en el enfoque clásico. Si la razón es buena y el hombre es esencialmente razón, entonces el hombre es esencialmente bueno. Está vinculado a lo divino en el nivel más fundamental de su personalidad y no hay ningún defecto posible allí.

Segundo, que existe una extraña pero innegable nota trágica en esta concepción clásica. Es así que en *La Iliada* de Homero aparece Zeus diciendo que "de entre todas las cosas que se arrastran y respiran sobre la tierra, no hay nada, a mi entender, más piadoso que el hombre". O como afirma Aristóteles que "no haber nacido es lo mejor, y la muerte es mejor que la vida".² Este pesimismo que todo lo invade está particularmente marcado en las tragedias griegas. Ellas tratan al hombre como víctima de las circunstancias o de su propia y trágica debilidad, ninguna de las cuales puede cambiar. El mundo clásico no vislumbró ningún significado en la historia.

Una variante de la concepción clásica está dada por una de las concepciones del hombre que rivalizan en la cultura moderna: el racionalismo. En concordancia con los principales pensadores griegos, los modernos expositores de esta concepción ponen el énfasis en la supremacía de la razón para diferenciarnos del resto de la creación y suponen que en lo profundo de nuestro ser somos esencialmente buenos. Pero el elemento trágico, tan claramente percibido por los griegos y los romanos está ausente. Esta falta no significa que los modernos consideren al hombre realmente mejor que lo creían los antiguos ni que el hombre se haya vuelto mejor a través de los siglos, sino que los pensadores modernos son extrañamente renuentes a enfrentarse a la realidad. La teoría de Georg Friedrich Hegel sobre el devenir de la historia, pasando por la tesis, la antítesis y la síntesis, no da cabida para ninguna detención o regresión por causa del pecado humano. Lo mismo es cierto sobre el materialismo dialéctico de Karl Marx y la evolución biológica de Charles Darwin. Cada una de estas teorías supone una progresión sin fin e inevitable. Luego de dos guerras mundiales y en la actual situación de inestabilidad internacional, existe una enorme dificultad para mantener un optimismo ilimitado. Se hace necesario tomar en consideración las guerras, el odio, el hambre, la enfermedad y las revueltas sociales. Sin embargo, la concepción moderna predominante es que todos estos problemas serían factibles de resolución si la razón tuviera la oportunidad de ser utilizada en toda su capacidad.

Sólo unos pocos pensadores perceptivos están conscientes que el problema radical, de esta y de todas las edades, no está solo en las circunstancias o en la falta de educación sino en la naturaleza misma del ser humano. La facultad racional es importante, como lo entendieron los griegos, pero no es ni divina, ni perfecta. Y el cuerpo, aunque caído, es como la mente de un valor inestimable. Estos pensadores entienden que en todas las partes de nuestro ser somos simplemente menos que lo que podríamos ser.

En el mundo moderno sin embargo, hay otra perspectiva sobre el hombre que compite, y con creciente éxito, con la concepción clásica. Está relacionada con la ya mencionada concepción minoritaria de los antiguos, reflejada en las religiones de misterio y en pensadores tales como Heráclito, Pitágoras y Epicuro. Según esta concepción, el hombre es esencialmente cuerpo o materia más que mente o espíritu. Esto significa que el universo en su totalidad, incluyéndonos a nosotros, es mecanicista. No existe nada que no sea materia. No hay ninguna mente universal, ni ninguna razón suprema con la que relacionarnos y que dé forma y dirección a la vida humana. En consecuencia, la vida es inevitablemente el devenir de unas leyes básicas pero impersonales.

El mundo moderno tiene diversas expresiones de esta concepción mecanicista. Una es la posición determinista de Charles Darwin según la cual la evolución se desarrolla según las leyes de selección natural. Otro ejemplo es el comunismo, que percibe la historia como el devenir de unas leyes económicas y rígidas y la lucha de clases. La psicología basada en la terapia del comportamiento de B. F. Skinner de la Universidad de Harvard también cae en esta categoría. Obviamente, como en el mundo de la antigüedad, existen muchas y diversas variantes entre aquellos que sostienen una naturaleza materialista de las cosas, pero están juntos en su apego a un naturalismo esencial y amoral. El hombre es un animal -ese es el argumento y un animal es sólo una maquinaria excesivamente compleja.

Muchas personas no pueden contentarse con este tipo de naturalismo, así como no pueden contentarse con la versión moderna de la perspectiva clásica. Es más, están atrapadas en un dilema que los lleva a una profunda perplejidad. Niebuhr lo analiza así:

Si el hombre insiste en que es un animal de la naturaleza y que no debería pretender ser más que un animal, que obviamente lo es, de cualquier modo está tácitamente admitiendo que es una clase de animal muy curioso que tiene tanto la tendencia como la capacidad para tales pretensiones. Si, por el contrario, insiste en su lugar singular y diferenciado en la naturaleza, señalando . sus facultades racionales como prueba de su especial supremacía, generalmente existe en sus votos de singularidad una nota de ansiedad que refleja un sentimiento inconsciente de parentesco con los animales.³

Nada en la vida moderna puede explicar nuestra naturaleza a no ser las verdades del cristianismo, ya que tanto la grandeza como la tragedia del hombre exceden el entendimiento de nuestra cultura. Sentimos que somos más que materia. Sentimos que hemos sido hechos a imagen de Dios, para ser sus acompañantes. pero también estamos conscientes que hemos perdido esa imagen y que el vínculo que debería existir entre nosotros y el Creador ha sido quebrado. Es por so que "debajo de la sonrisa perpetua de la modernidad yace una mueca de desilusión y cinismo".⁴

¿Dónde deberíamos comenzar nuestro esfuerzo por alcanzar nuestro conocimiento? Formalmente, debemos comenzar con la Biblia, porque es allí donde Dios nos revela nuestra verdadera condición (al menos de acuerdo con las convicciones del cristianismo). Más específicamente, debemos comenzar con . análisis bíblico de la Caída

del hombre, porque allí, por encima de todo, no sólo vemos al hombre en su intención primaria sino que también vemos en qué se convirtió luego por el pecado.

La infidelidad

De acuerdo con los capítulos iniciales de Génesis, cuando Dios colocó al hombre y a la mujer en el Edén para ser los regentes de la tierra, les entregó el máximo de libertad, de autoridad y de dominio posible que podía dar a unos seres creados. Les confió el gobierno de la tierra. Y no había ninguna limitación sobre cómo lo habían de ejercer, con excepción del tema del árbol de la ciencia del bien y del mal, del cual no habían de probar -como símbolo de su pendencia de Dios-. Muchas tonterías se han imaginado a propósito de dicho árbol. Se lo ha llamado un manzano y a la manzana, la fruta prohibida, sin ninguna justificación bíblica. Un autor hasta ha conjeturado que el fruto era la uva y el pecado era haber hecho vino. Esto es ridículo. Otros conciben el fruto como el sexo, un punto de vista que muestra a las claras la culpa apenas reprimida con que muchos de nuestros contemporáneos encaran este tema, pero que no sirve de ningún modo para comprender el libro de Génesis. Sabemos que ese no era el significado del árbol, ya que Dios mismo instruyó a la primera pareja para que se fructificaran y multiplicaran aun antes de advertirles sobre el fruto de la ciencia del bien y del mal (Gn. 1:28). Es más, la orden de multiplicarse formaba parte del don original dado al hombre y a la mujer para que dominaran sobre toda la tierra.

¿Qué simboliza, entonces, el fruto? No es difícil responder. El fruto es el símbolo tangible del hecho que el hombre y la mujer, aun cuando tenían una enorme autoridad y dominio sobre la tierra, eran sin embargo criaturas de Dios; disfrutaban de su libertad y ejercían su dominio como resultado de un don gratuito de Dios. El fruto era una limitación, para recordarles que no eran Dios pero que eran responsables ante él. Qué tipo de fruto era no tiene ninguna importancia.

No sabemos durante cuánto tiempo Adán y Eva vivieron en el huerto de Edén antes de la Caída, aunque Génesis pareciera dar la impresión que el ataque de Satanás fue muy temprano, antes de que se hubieran afirmado determinados patrones de obediencia. Indudablemente Satanás había oído la advertencia divina, "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:16-17). Irrumpe ahora Satanás -aparentemente en forma inmediata, para sugerir que Dios no es benevolente y que no es posible confiar en su palabra.

Lo que está en juego en la tentación de Satanás a Eva es la palabra de Dios. Las primeras palabras de Satanás terminan con un signo de interrogación buscando arrojar dudas sobre la veracidad de Dios: "¿Conque Dios os ha dicho...?" (Gn. 3:1). Son los primeros signos de interrogación en la Biblia. Por supuesto que en el original hebreo no hay ningún tipo de signo de puntuación pero la pregunta en el pensamiento hacen que los signos de interrogación sean apropiados en nuestra Biblia. "¿Conque Dios os ha dicho...? ¿Ha dicho Dios realmente que...?" La naturaleza del pecado está en esta especulación.

Es interesante tomar nota de las palabras exactas de Satanás, porque la oración continúa especificando cuál es el asunto que Satanás está cuestionando. "¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?" Pero, por supuesto, eso no fue lo que Dios había dicho. Dios les había dicho: "De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás" (Gn. 2:16-17). Satanás cambia la invitación positiva de Dios a comer de cualquier árbol (con una sola excepción) en una prohibición negativa que hace dudar sobre la bondad de Dios. ¿Podemos entender lo que está sucediendo aquí? Dios le da al hombre y a la mujer la posibilidad de disfrutar de toda la creación, con una excepción -y aún esa prohibición es explícita al hacer referencia a la pena que conlleva-. Satanás sugiere que Dios es esencialmente prohibicionista, que no es bondadoso y que no desea lo mejor para sus criaturas.

La mujer al principio no concuerda con este argumento. Pero la pregunta astuta de Satanás la coloca a la defensiva y le responde con una correcta (o esencialmente correcta) reiteración de lo que Dios había dicho, concluyendo con la advertencia: "pero del fruto del árbol que está en medio del huerto, dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis" (Gn. 3:3).

A esta altura Satanás contesta con una negativa tajante: "No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal" (Gn. 3:4-5). ¿Qué es lo que está en juego en esta negativa? ¿Es la comida? ¿Son las manzanas? ¿Son las borracheras? ¿Es el sexo? ¿Es la libertad? No es ninguna de estas cosas. El punto medular en esta primera parte de la tentación es simplemente la integridad de la palabra de Dios. Habiendo comenzado arrojando dudas sobre la benevolencia

de Dios, de la que la primera pareja no tenía por qué dudar, Satanás ahora abiertamente contradice la veracidad de Dios. El punto central es si Dios dice la verdad. Luego se nos dice que la mujer miró el fruto y "era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría", y comió de él. Es más, le dio a su marido, y él comió también.

Aquí tenemos, entonces, la primera revelación de la naturaleza del pecado y de qué es lo que básicamente está mal con la humanidad. El pecado es infidelidad. Es dudar de la buena voluntad y la veracidad de Dios, conduciéndonos inevitablemente a un acto de rechazo tajante. Hoy en día vemos esto con claridad en dos instancias: primero, en la multitud de negativas absolutas del registro de la palabra de Dios en la Biblia, aun por parte de teólogos y pastores; y segundo, en el casi instintivo intento del hombre y la mujer por culpar a Dios por la tragedia humana.

En un episodio de *All in the Family*¹, Archie Bunker está discutiendo sobre el cristianismo con Michael, su yerno, que es ateo, porque Archie quiere bautizar al hijo de Michael y éste no quiere saber nada de eso. Están discutiendo sobre varios puntos no muy relevantes. Finalmente, Michael le pregunta: "Contéstame esto, Archie. Si Dios existe, ¿por qué el mundo está en este estado tan calamitoso?".

Archie no sabe qué responder. Por un momento se queda sin palabras y luego trata de evitar contestar dándole un giro más liviano a la conversación. Dirigiéndose a su esposa, Edith, le dice: "¿Por qué tengo que contestar siempre yo Edith? Dile a este tonto por qué, si Dios creó el mundo, el mundo está como está".

Edith contesta: "Bueno, supongo que es para que apreciemos más el cielo cuando llegemos ahí".

Cualquier pensador honesto admitirá que el problema de la maldad es crucial y del que surgen algunas interrogantes que nunca podremos contestar cabalmente en este mundo. Cómo pudo entrar la maldad en un mundo creado por un Dios que es bondad es difícil de contestar. Por qué Dios permite que la maldad exista aun por un corto tiempo, como obviamente lo permite, también escapa a nuestro entender. Pero hay algo que sí podemos decir y es que la maldad es culpa nuestra, no importa cuáles sean los motivos que Dios tenga para tolerarla. En el incidente de *All in the Family* parece que nunca se les ocurre a Michael, Archie o Edith (ni a ninguno de los guionistas) que esto es así.

Antes de admitir esta verdad sencilla pero incómoda, la gente dice, como ya lo había dicho H. G. Wells, que vista la maldad que existe en el mundo debemos llegar a la conclusión que Dios tiene el poder pero nosotros no le importamos, o que le importamos pero no tiene suficiente poder. O quizá no existe. Estas aseveraciones no alcanzan a percibir que la causa del problema está en nosotros, nos ciegan y no nos permiten ver la solución de Dios para el pecado por medio del Señor Jesucristo.

La rebeldía

Nada de lo que hemos dicho hasta ahora, sin embargo, llega al hecho más importante sobre el pecado. Lo más importante sobre el pecado lo aprendemos en la caída del hombre, Adán, donde nunca se sugiere que la caída fue debida al engaño de Satanás. La caída de la mujer fue el resultado de los argumentos de Satanás. Ella cayó de buena fe, había logrado creer que el árbol de la ciencia del bien y del mal la harían sabia, y quería que ella y su marido disfrutaran de esa bendición. Eva se equivocó y pecó en su error. Pero su equivocación, aunque sería, no fue tan reprehensible ni llegó a los extremos que vemos en el caso de Adán. Adán pecó por su actitud de abierta rebeldía contra Dios. Esta diferencia la señala el apóstol Pablo en su interpretación de la Caída. "Y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en la transgresión" (1 Tim. 2:14).

Dios había colocado a Adán y Eva en el huerto para que señorearan sobre la creación (Gn. 1:28) y les había dado los frutos de todos los árboles para que comiesen con excepción de uno. Si lo comían, morirían. Adán, sin embargo, con plena conciencia de lo que estaba haciendo, miró a ese único árbol y dijo: "No me importa si puedo comer de todos los árboles al norte, al este, al sur y al oeste. Mientras este árbol esté aquí para recordarme que no soy Dios, y que no soy plenamente autónomo -mientras esté aquí, ¡lo odio! . Así que voy a comer de él y moriré, no importa lo que eso signifique". Si Adán no fue engañado, como lo afirma claramente 1ª Timoteo 2:14, entonces pecó con pleno conocimiento de lo que estaba haciendo. Es decir, eligió comer en desobediencia deliberada a Dios. Y la muerte, primero la muerte de su espíritu pero luego la muerte de su alma y su cuerpo, pasaron a toda la raza humana.

¹ Programa de televisión norteamericano.

La Biblia nunca culpa a la mujer por la Caída del ser humano. Nuestras bromas y mucha de nuestra literatura popular culpan a Eva por habernos hecho pecar -es un ejemplo de machismo- pero en las Escrituras no hay ninguna palabra culpando a Eva. Por el contrario, leemos que "Por cuanto la muerte entró por un hombre... en Adán todos mueren" (1 Co. 15:21-22), y "como el pecado entró en el mundo por un hombre (Adán), y por el pecado la muerte... Si por la trasgresión de uno solo reinó la muerte... Como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores" (Ro. 5:12,17,19).

La naturaleza de la Caída de Adán nos enseña algo más que también es importante. El pecado es apostasia, es decir, el no alcanzar algo que ya existía con anterioridad y que era bueno. Es lo opuesto a las intenciones que Dios tiene para la raza humana. Esto se ve en casi todos los sinónimos de pecado que encontramos en las Escrituras: *peshá* ("trasgresión"), *chata* ("errar al blanco"), *shagah* ("descarriarse"), *hamartia* ("insuficiencia") y *paraptóma* ("ofensa"). Este concepto muestra un alejamiento de una pauta superior o de un estado disfrutado con anterioridad.

Como ya señalamos, en la concepción griega la esencia de la maldad está en la materia, o expresado con más palabras, en la vida de los sentidos. O sea, como indica Emil Brunner: "La concepción del pecado en la filosofía griega... se basa en el hecho que los instintos sensoriales paralizan la voluntad, o al menos la estorban o la suprimen. El mal se debe a la naturaleza dual del hombre".⁵ Este razonamiento no es del todo errado, ya que no es posible controlar los instintos sensoriales con rapidez. Pero la maldad está en el elemento inferior. Dice Brunner: "La maldad en relación al tiempo debe ser descrita como aquello que 'todavía no es bueno' o que 'todavía no ha alcanzado el plano del espíritu' o que 'todavía no' ha sido dominado por el espíritu".⁶ El punto de vista bíblico reemplaza al "todavía no" por el "ya no más". El hombre como la creación, estaba libre de pecado. Dios creó todas las cosas perfectas. Pero el hombre se rebeló contra Dios y la perfección, cayendo fuera de esa naturaleza y destino sublime que Dios le tenía reservado.

Esta es la nota bíblica esencial del pecado. Dice Brunner:

*Quando los profetas le reprochan a Israel su pecado, esta es la concepción decisiva: "Han caído, se han descarriado, han sido infieles. Han despreciado a Dios, han roto el pacto, lo han dejado para ir tras otros dioses, ¡le han dado la espalda!". De manera similar, las parábolas de Jesús nos hablan del pecado como rebelión, como dejando a Dios. El Hijo Pródigo abandona su hogar, y deja a su Padre, le da la espalda. Los Labradores Malvados usurpan los derechos de su señor y toman la tierra que solamente les había sido dada en arrendamiento. En realidad son rebeldes, usurpadores. La Oveja Perdida se ha descarriado del rebaño y del Pastor, se ha perdido.*⁷

El pecado es rebeldía porque no es el elemento primario. Es solo un elemento secundario. El elemento primario es "la buena y aceptable y perfecta" voluntad de Dios de la que nos hemos apartado y a la que sólo hemos de ser restablecidos por el poder asombroso de la gracia de Dios en Jesucristo.

El orgullo

En nuestro análisis de Génesis 3 nos hemos tomado tiempo para diferenciar el pecado de la mujer del pecado del hombre con el propósito de definir los dos elementos radicales del pecado, "la infidelidad" y "la rebelión". Cuando comparamos el pecado de la mujer y del hombre para buscar similitudes pronto descubrimos otro elemento radical en la naturaleza del pecado: el orgullo.

¿Qué era lo que subyacía en la raíz de la determinación de la mujer para comer del fruto prohibido y dar a probar a su esposo Adán si no era el orgullo? Y, ¿qué subyacía en la raíz de la determinación de Adán para seguir su propio sendero en lugar de la senda que Dios le había indicado, si no era el orgullo? En el caso de la mujer era la convicción de que ella sabía más que Dios qué era lo mejor para ella y su esposo. Dios les había dicho que el comer del fruto de árbol de la ciencia del bien y del mal les traería serias consecuencias. Les traería la muerte. Pero Eva estaba convencida de su propia observación empírica -después que Satanás sembró la duda- que el árbol sería bueno para ella y que Dios estaba equivocado. ¡Qué arrogancia! En el caso del hombre el mismo elemento está presente. En su orgullo repitió el pecado original de Satanás, diciendo "seré semejante al Altísimo" (comparar con Isaías 14:14).

¡Qué terrible es el orgullo! ¡Cómo invade todo! -porque no desapareció con la muerte del primer hombre y la primera mujer-. El orgullo descansa en la raíz del pecado y de la raza humana. Es el "centro" de la inmoralidad, "el mal mayor"; que "conduce a todo vicio", como nos advierte C. S. Lewis.⁸ Nos hace querer ser más de los que somos o lo que podríamos ser y, en consecuencia, nos hace imposible alcanzar el gran destino para el que hemos sido creados.

Entonces, somos caídos. No estamos avanzando, como los actuales exponentes optimistas de la concepción clásica nos señalan. No somos pecaminosos por la propia naturaleza de las cosas, como los antiguos griegos argumentaban. No somos meramente máquinas, como si sujetos a dicho análisis pudiéramos estar exentos de culpa. Somos caídos. Somos infieles, rebeldes, y llenos de orgullo. Como resultado, nuestra única esperanza está en la gracia de Dios que envía un redentor que en vez de ser infiel fue fiel, en vez de ser rebelde fue obediente, en vez de estar lleno de orgullo se humilló a sí mismo "hasta la muerte y muerte de cruz" (Fil. 2:8).

Notas

1. Reinhold Niebuhr, *The Nature and Destiny of Man*, edición en un volumen de las Conferencias Gifford sobre "La naturaleza humana" ("Human Nature") "El destino humano" ("Human Destiny") (New York: Charles Scribner's Sons, 1949), Parte 1, p 1
2. Citado por Niebuhr, *The Nature and Destiny of Man*, pp. 9-10.
3. Ibid., p. 1.
4. Ibid., p. 121.
5. Emil Brunner, *The Christian Doctrine of Creation and Redemption: Dogmatics II*, trad. Olive Wyon (Philadelphia: Westminster, 1952), p. 91.
6. Ibid.
7. Ibid.
8. C. S. Lewis, *Mere Christianity*, p.